

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Entre el Porfiriato y la Revolución
El gobierno interino de Francisco León de la Barra

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

159 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 44)

ISBN 10: 970-32-2779-1

ISBN 13: 978-970-32-2780-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 31 de marzo de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/porfiriato/revolucion.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

LA POLÍTICA NACIONAL: NUEVOS Y VIEJOS ACTORES

En el interinato, la movilización popular, la emergencia de nuevos actores, la fractura del sistema autoritario porfiriano y el desplazamiento de una parte considerable de la antigua clase política permitieron la gestación de nuevas ideas y proyectos políticos. La conciencia de algunos de los nuevos actores de la necesidad de crear un marco democrático, que garantizara la participación política de acuerdo al modelo establecido en los países occidentales desarrollados y el afán por construir partidos políticos modernos llevó a que se organizaran proyectos políticos nuevos. El panorama que había imperado hasta entonces, con una ausencia de verdaderas instituciones y partidos políticos comenzó a modificarse. Las nuevas condiciones originaron discusiones, alineamientos y convergencias que dieron lugar a la formación de nuevas organizaciones políticas promovidas por grupos de las elites, de sectores medios emergentes y de grupos populares, quienes elaboraron proyectos para atraer a simpatizantes a sus filas y dar la pelea en el terreno electoral.

Se conformaron así las primeras agrupaciones políticas surgidas como consecuencia de la revolución, en las que convergieron corrientes de opinión aglutinadas alrededor de varios de los principales líderes del país en esos momentos y cuyo punto de definición estaba determinado precisamente por el movimiento armado. Las nuevas alternativas e identidades políticas conservaron elementos de continuidad con la tradición política previa y, también, trataron de desarrollar nuevos aspectos. De ellas, las más importantes en el interinato fueron el Partido Constitucional Progresista, como denominó Madero a su nuevo partido, con el que contendió otra vez por la presidencia de la República en 1911, y el Partido Católico Nacional, que agrupó a las elites católicas y a sectores populares y medios empeñados en la defensa de la religión, quienes vieron en el fin del porfirato una amenaza para la libertad relativa que había alcanzado la Iglesia gracias a la política de conciliación que había servido tanto a Díaz como a la Iglesia. Asimismo, se constituyeron en esos días otras corrientes políticas con menor fuerza, que representaron una opción para otros sectores de ciudadanos, como fue el caso del resurgimiento del reyismo, de la reorganización de una parte de los viejos mili-

tantes liberales, de escisiones del maderismo y de la creación del Partido Evolucionista.

*El Partido Constitucional Progresista y la ruptura con los hermanos
Vázquez Gómez*

A fines de junio de 1911 la actitud cada vez más desafiante del ejército federal y de personajes vinculados al porfiriato hicieron que, dentro de las huestes maderistas, se planteara la necesidad de cerrar filas y reunificar a su partidarios alrededor del liderazgo de Madero. Al mismo tiempo, se dieron cuenta de que era indispensable resolver las disputas internas que se estaban presentando sobre el desarme de las bandas insurgentes, el nombramiento de los nuevos gobernadores y la organización de las próximas elecciones, conflictos que estaban minando la unidad de su corriente y erosionando su imagen. Ante esta situación, Madero diseñó —junto con su círculo más cercano de colaboradores— una estrategia que los reagrupara, que cerrara filas y que fortaleciera su liderazgo para encarar, con éxito, uno de los objetivos centrales de su movimiento: alcanzar el poder por la vía electoral y utilizarlo para impulsar su proyecto de establecer un sistema político democrático que sirviera de apoyo para que los sectores sociales se organizaran y resolvieran sus problemas y aspiraciones dentro de los cauces legales. A pesar del desgaste que había sufrido desde las primeras semanas Madero seguía siendo la figura política nacional más importante y era más o menos evidente para todos que tenía la presidencia constitucional prácticamente asegurada. Sin embargo, el clima de zozobra y el temor de los sectores pudientes a que se siguiera desarrollando un ambiente que podía afectar sus intereses, hicieron que pronto se formaran otras opciones políticas que se animaron a disputarle el poder. Incluso dentro de las propias filas revolucionarias se había comenzado a desarrollar una acre disputa entre quienes aspiraban a ocupar el segundo puesto jerárquico, la vicepresidencia.

Madero, de acuerdo con su hermano Gustavo y con los jóvenes colaboradores civiles —quienes eran el grupo más cercano y comprometido con él—, consideró necesario suprimir el Partido Antirreeleccionista, con el que había competido contra Díaz un año atrás, y sustituirlo por uno nuevo, el Partido Constitucional Progresista. Tres eran sus razones para dar este paso: en primer lugar, consideraba que el Partido Antirreeleccionista había cumplido ya su papel y no tenía razón de seguir existiendo, puesto que la revolución había triunfado

y sus principales objetivos, el sufragio efectivo y la no reelección, habían sido aceptados como principios constitucionales y estaban próximos a ser sancionados legalmente en todo el país. Además, era necesario hacer una depuración en las filas maderistas, puesto que en el mes transcurrido desde la salida de Díaz habían aflorado fuertes contradicciones entre algunos de sus más prominentes miembros, particularmente entre los hermanos Vázquez Gómez y el primer círculo maderista. Los Vázquez Gómez se habían convertido también en un problema externo, por las crecientes diferencias que tenían con León de la Barra y algunos de los ministros del gobierno interino. Ante tal situación, Madero consideró que había que cohesionar a sus fuerzas con quienes tenía más confianza y garantizaban mayor disciplina y lealtad, por lo que era necesario hacer un ajuste de cuentas con el Partido Antirreeleccionista en el que varios de sus más prominentes personajes habían criticado la insurrección de 1910 y no sólo habían permanecido al margen de ella, sino que se habían deslindado. Finalmente, Madero y sus asesores creyeron que había condiciones para crear un partido moderno —basado en clubes de ciudadanos simpaticizantes y militantes, con trabajo permanente y no solamente para la coyuntura electoral—, que representara al movimiento maderista y le sirviera de apoyo no sólo para ganar las elecciones, sino para ser el sostén político de su gobierno. El Partido Constitucional Progresista (PCP) se convertiría así en el brazo político del maderismo y en un partido semioficial de *facto* que intentaría capitalizar el prestigio de la revolución y de su líder.

Así, el 9 de julio de 1911 Madero anunció la creación del nuevo partido, para lo cual propuso la constitución de un comité organizador, formado por Juan Sánchez Azcona, Luis Cabrera, Federico y Roque González Garza, José Vasconcelos, Jesús Urueta, Jesús Flores Magón, Heriberto Frías, Eduardo Hay, Gustavo A. Madero y Miguel Díaz Lombardo. Dicho comité se encargaría de redactar el programa que retomaría la mayor parte del programa del Partido Antirreeleccionista de 1910 y agregaría los principios esenciales del Plan de San Luis. El comité debía coordinar la formación de clubes políticos en toda la república y convocar a una convención para constituir formalmente al PCP. Aunque era evidente que en dicha convención se debería elegir o ratificar a quienes serían sus candidatos a la presidencia y la vicepresidencia, Madero y sus colaboradores —que habían decidido ya hacer a un lado a Francisco Vázquez Gómez como su compañero de fórmula— trataron de ocultar este propósito y se condujeron ambiguamente con el doctor, negando que se pretendiera sustituirlo y afirmando que la convención lo

ratificaría.¹ Sin embargo, estaba claro que Madero y las gentes más cercanas a él habían decidido reestructurar sus fuerzas y hacer una depuración en sus filas, modificando los equilibrios entre los grupos y personajes importantes del maderismo que habían funcionado durante la insurrección y en los primeros días del Interinato. Necesitaban nuevos instrumentos y aliados. Para ello, además de la nueva organización política, acordaron sacar un periódico propio —*Nueva Era*, cuya dirección encomendaron a Sánchez Azcona— que se convertiría en el portavoz oficial de su corriente, buscando combatir a la prensa antimaderista que tanto daño les estaba causando en la opinión pública, así como aclarar y difundir sus posiciones y atraer adeptos.²

Los hermanos Vázquez Gómez no encajaban en esa nueva estrategia. Las razones del distanciamiento entre Madero y su círculo cercano con ellos habían comenzado desde el encarcelamiento del líder en 1910 y su llamado a la insurrección. Los Vázquez Gómez no habían estado de acuerdo en esa táctica, avalaron el triunfo de Díaz y, cuando se les invitó a sumarse a la organización de la revuelta, se negaron reiteradamente a ello e hicieron pública su discrepancia. Su reincorporación al movimiento fue tardía —hasta febrero de 1911— y considerada oportunista por los jóvenes civiles que sí estuvieron con Madero en esos momentos difíciles, como Federico González Garza y Juan Sánchez Azcona. El protagonismo y la ambición de los Vázquez Gómez los fueron enemistando también con Gustavo A. Madero, quizá la persona más cercana e influyente en el jefe de la revolución.³

Pero, más allá de sus diferencias personales, se habían desarrollado diferencias políticas con los Vázquez Gómez y la alianza con ellos ya no era necesaria para Madero. Para éste, los Vázquez Gómez habían sido un puente con sectores porfiristas y con Reyes en 1910 y 1911, por eso mismo los había incluido en el gabinete del gobierno interino. Sin embargo, en julio de 1911 las cosas eran distintas. Por un lado, su

¹ Manifiesto de Francisco I. Madero, 9 de julio de 1911, Vázquez Gómez, *op. cit.*, p. 300-301. Véase *Diario del Hogar*, 15 de julio de 1911.

² FIM a FGG, 30 de julio de 1911, AFGG, Fondo CMXV, carp. 21/101, leg. 2094. Sobre el papel de *Nueva Era* véase FIM a FVG, 22 de julio de 1911, en Vázquez Gómez, *op. cit.*, p. 353-355.

³ González Garza, *op. cit.*, p. 265-269 y 304-321. Las diferencias con Gustavo A. Madero surgieron desde las conversaciones con Limantour en abril de 1911, porque al hermano del líder le parecía que el doctor actuaba libremente, sin consultar a Madero; posteriormente, Gustavo se quejó de que Vázquez Gómez ni siquiera le contestaba sus cartas. En una comunicación a su esposa, Gustavo expresó que el doctor quería “obrar siempre independientemente del grupo principal... parece que quiere aún conservar su título de vicepresidente... pues un hombre que sólo aceptó la revolución cuando ésta era ya un hecho... me parece que es más convenenciero que un patriota.” Véase Hernández y Lazo, 2002, p. 126, 132 y 156-157.

alianza con Reyes se había venido abajo y Reyes representaba, una vez más, una amenaza para el proyecto maderista. Por la otra, se había desatado la competencia por la elección presidencial y no sólo Reyes aparecía como contendiente, sino que también los hermanos Vázquez Gómez desarrollaban una intensa actividad dentro del gobierno interino para apuntalar la candidatura del doctor a la vicepresidencia. Madero no podía confiar en aliados como éstos, que tenían su propia agenda, que no respetaban las jerarquías dentro de su corriente y que no habían probado su lealtad.

Su gestión como ministro había ahondado esas diferencias. Emilio Vázquez Gómez trató de manejar a las fuerzas armadas rurales y tener los hilos de la desmovilización de las tropas maderistas, manipulando en su beneficio el proceso. Puso obstáculos al desarme de las fuerzas revolucionarias, proporcionó armas a algunos contingentes y estableció vínculos clientelares con líderes que estaban disgustados con Madero, como Cándido Navarro y Gabriel Hernández. Trató también de tener injerencia en la sustitución de los gobernadores. León de la Barra no pudo controlar a su activo ministro de Gobernación y sus disputas se convirtieron en un pleito personal. A fines de junio, De la Barra pidió a Madero su apoyo para separarlo del ministerio del interior, a lo que éste accedió.⁴

El doctor Vázquez Gómez, por su parte, prácticamente no atendió el ministerio de Instrucción Pública, se dedicó a promover su candidatura a la vicepresidencia y, cuando se dio cuenta de que el primer círculo maderista había decidido hacerlo a un lado, se opuso intensamente a la salida de su hermano de Gobernación y a que su candidatura se desvaneciera. Naturalmente, trató de impedir la formación del nuevo partido maderista con el argumento de que dividiría aún más a los revolucionarios y que eso lo capitalizarían los partidarios del antiguo régimen. Ante la convocatoria para formar el PCP y las evidentes señales de su desplazamiento, los Vázquez Gómez decidieron dar un golpe de audacia. En el consejo de ministros del 12 de julio, Emilio propuso la renuncia de León de la Barra y que Madero se hiciera cargo de la presidencia provisional. Al mismo tiempo, movilizaron a los generales revolucionarios adictos a ellos para que exigieran al presidente interino el cumplimiento del Plan de San Luis, la expulsión de los “científicos” de la administración pública, el nombramiento de un general insurgente como jefe de las fuerzas rurales y que se pronunciaran públicamente en contra de la salida de Emilio Vázquez Gómez

⁴ González Garza, *op. cit.*, p. 287-288. Circular de EVG a los gobernadores del 16 de julio de 1911, AFVG, 101:14:6.

de Gobernación.⁵ En los hechos, los hermanos Vázquez Gómez, con todas las maniobras que pusieron en juego esos días, estaban desobediendo y desafiando a Madero y al presidente interino e hicieron todo cuanto pudieron para no ser desplazados de las posiciones de poder que ocupaban. Empero, fue precisamente esa resistencia y, sobre todo, el peligro de insubordinación, lo que colmó la paciencia del líder y del presidente provisional quienes lograron, finalmente, que Emilio Vázquez Gómez renunciara el 2 de agosto de ese año.⁶

La actitud firme de Madero obligó a los hermanos a aceptar su salida del gabinete. No tenían fuerza suficiente para rebelarse en ese momento, pero decidieron seguir dando la batalla por conservar la candidatura del doctor a la vicepresidencia. El 29 de julio de ese año Francisco Vázquez Gómez escribió a Madero una carta desafiante: le dijo que la opinión pública cada vez estaba más inconforme porque Madero estaba “inclinado más bien a ligarse con los elementos del antiguo régimen que a satisfacer las justas demandas de la revolución.” Le mencionó que, por ello, la misma opinión pública “prepara los ánimos en el sentido de unirse a otro candidato que no sea usted...” y que en ese contexto el reyismo estaba adquiriendo cada vez más fuerza porque sus partidarios lo presentaban como el único capaz de resolver la situación de anarquía en que —decía— se encontraba el país. Finalmente, le pidió a Madero que desistiera de convocar a la convención del PCP para evitar profundizar la desunión. Madero le respondió que él no veía el clima de zozobra y división que el doctor describía. Le dijo que no podía impedir la realización de la conven-

⁵ Carta de Juan Andrew Almazán y Gabriel Hernández del 11 de julio de 1911 y comunicación de Gabriel Hernández, Cándido Navarro, M. Azueta y J. Espinosa Caloca a FVG, 22 de julio de 1911, en *AFVG*, 101:14:3, 101:15:1.

⁶ La carta de los generales proVázquez Gómez enfureció a Madero, quien le pidió a los dos hermanos que la desautorizaran y les dijeran que no debían inmiscuirse en esos asuntos. Al doctor le dijo “sería de grandes consecuencias para el gobierno ceder ante la amenaza de un grupo de jefes del Ejército, pues esto equivaldría a estar completamente sujetos al cuartelazo.” A su hermano Gustavo, el líder le dio instrucciones más tajantes: “Reúne a jefes insurgentes y en mi nombre diles que desapruébo su conducta, que no tienen ningún derecho de dirigirse al señor De la Barra para que deje de cambiar ministros ni para formar una agrupación de jefes insurgentes con fines políticos... diles además que estoy completamente de acuerdo con el señor De la Barra y que si me siguen reconociendo como jefe, que desistan inmediatamente de su actitud...” El 26 de julio Madero escribió a Emilio Vázquez Gómez que su renuncia a Gobernación ya estaba acordada “pero si acaso hubiese habido algunas razones para vacilar, la actitud de los jefes insurgentes ha venido a quitar toda vacilación, pues sería altamente inconveniente ceder a sus exigencias... le suplico hablar con el señor de la Barra y obsequiar sus deseos respecto al tiempo y modo como debe retirarse del Gabinete.” Véase FVG a FIM, 8 y 22 de julio; FIM a FVG, 22 de julio; FIM a Gustavo A. Madero, 25 de julio; FIM a FVG y FIM a EVG, 26 de julio de 1912: *AFVG*, 101:14:1, 101:15:1, 101:15:2.

ción del nuevo partido y le aseguró que en ella no se rompería el compromiso de que ambos fueran los candidatos en las elecciones.⁷

Sin embargo, a pesar de las formalidades y la simulación, la ruptura entre ellos era un hecho, aunque todavía faltaba una última batalla: la convención del PCP. Los Vázquez Gómez no se dieron por vencidos. Hicieron público su distanciamiento con Madero y buscaron presentarse como los representantes genuinos de la revolución. El texto de la renuncia de Emilio Vázquez Gómez a Gobernación fue una nueva provocación. En ella, señaló que el motivo de su salida eran las diferencias con el presidente interino, quien representaba “la tendencia conservadora del antiguo régimen y yo la tendencia renovadora de la revolución triunfante.” Esta aseveración no sólo era una denuncia y un ataque contra León de la Barra y sus seguidores, sino que también representaba una acusación contra Madero por alinearse con los enemigos de la revolución y un llamado a los partidarios de la ruptura con el régimen porfirista para que lo apoyaran. Madero no podía dejar pasar una ofensiva como ésa, menos cuando los mismos jefes militares vazquistas fueron a reclamar airadamente a De la Barra y le dijeron que “lo echarían a patadas.” La reacción de Madero fue inmediata. En un manifiesto aclaró que la salida de Vázquez Gómez no era por representar los ideales revolucionarios, sino por el poco tacto que tuvo como ministro ante problemas muy delicados que llevaron al presidente interino a solicitar su renuncia, petición en la cual Madero estuvo de acuerdo. Ahí mismo, Madero trató de dar confianza a sus seguidores de que el cambio no implicaba un viraje político pues Alberto García Granados, el sustituto de Vázquez Gómez en Gobernación, satisfacía las aspiraciones de la revolución. Para deshacer el argumento de que era un cambio contrarrevolucionario, anunció que Federico González Garza sería el subsecretario de Gobernación. Terminó su llamado diciendo que todos los revolucionarios debían fortalecer al presidente interino “pues es nuestra obra y representa actualmente a la nación dignamente...”⁸

Madero sabía que existía inconformidad en sus filas y que había sectores no sólo ligados al vazquismo que le exigían una actitud más resuelta ante el renacimiento del reyismo que estaba teniendo lugar en esos días y frente a la reorganización de fuerzas conservadoras que,

⁷ FVG a FIM, 29 y 31 de julio de 1911; FIM a FVG, 31 de julio y 1º de agosto de 1911; AFVG, 101:15:2, 101:15:6, 101:16:1.

⁸ Manifiesto de Madero a la Nación, 2 de agosto de 1911, AGM, 17:5:21. El argumento de Madero respecto a Alberto García Granados era falaz y él mismo se quejaría semanas más tarde de su gestión contrarrevolucionaria en la secretaría de Gobernación y obligaría a su cambio.

luego del desconcierto inicial, volvían a salir a la palestra. Por eso, no podía permitir la insubordinación de los militares vazquistas, a quienes, en un desusual gesto de dureza, atacó fuertemente y neutralizó. Aunque sabía que no representaban un peligro real, puesto que ninguno de ellos tenía ya fuerzas bajo su mando, exigió a los hermanos que hicieran pública su desautorización a esa actitud y un exhorto a mantener la paz.⁹

Los hermanos Vázquez Gómez jugaron su última carta en la convención del PCP. Para ello movilizaron a sus seguidores del Centro Antirreeleccionista de México, quienes se reagruparon ante la amenaza de desaparición de su partido. Ese centro nombró una comisión para entrevistarse con Madero y exigirle una definición ante el antirreeleccionismo, la remoción de Emilio Vázquez Gómez y el propósito de sustituir al doctor Vázquez Gómez como su compañero de fórmula. Madero los enfrentó con dureza. Rechazó cualquier tipo de presión y descalificó la participación de jefes del ejército revolucionario en asuntos que —consideraba— competían únicamente a los civiles. Ante esa actitud de Madero, el 10 de agosto el Centro Antirreeleccionista de México, junto con otros 44 clubes del antiguo partido contrario a la reelección, decidieron desconocerlo y eligieron a Francisco Vázquez Gómez como su nuevo dirigente.¹⁰

El 11 de agosto se reunió la convención del Partido Constitucional Progresista en la ciudad de México. Era la primera asamblea política que se celebraba en el país después del triunfo de la revolución. Era la reunión del grupo ganador que aprobaría el programa con el que contendría por la presidencia y en donde ratificarían el liderazgo de Madero y los nuevos agrupamientos que estaban teniendo lugar dentro de esa corriente. Este hecho le daba una nueva significación, pues el maderismo era la fuerza política dominante a nivel nacional y el programa que ahí se decidiera sentaría las bases de su gobierno constitucional. El programa que aprobó el PCP era fiel reflejo del proyecto político del maderismo y de la amalgama de fuerzas que convergían en él. Además de reiterar los consabidos principios de no reelección y efectividad del sufragio tenía una orientación claramente asentada en la tradición del liberalismo mexicano: reivindicó el cumplimiento irrestricto de la constitución y de las Leyes de Reforma, la independencia de los poderes federales, mayor libertad municipal y

⁹ FIM a FVG, 2 de agosto de 1911, AFVG, 101:15. Manifiesto de Francisco Vázquez Gómez del 3 de agosto de 1911 en Fabela, *op. cit.*, p. 24-25.

¹⁰ Vázquez Gómez, *op. cit.*, p. 403-425 y Fabela, *op. cit.*, p. 33-40, 43-48. En varios momentos de este episodio se advertía un tono inusualmente fuerte de Madero ante los jefes militares provazquistas.

fomento de la educación. Pero también incluyeron algunas de las principales demandas democráticas enarboladas por los movimientos de oposición al régimen porfiriano de los años previos y que habían sido parte de la ideología de Madero desde entonces, como la búsqueda por mejorar la condición de los trabajadores y de los indígenas. Asimismo, incluyeron algunas de las nuevas demandas, como la abolición de la vicepresidencia, elecciones directas y buscar que los impuestos fueran más equitativos. Sin embargo, como reflejo de la amplia convergencia de grupos sociales y de su moderación política, llama la atención la vaguedad de sus acuerdos ante el problema que empezaba a aparecer como el central en los reclamos populares: la reforma agraria. La convención del PCP decidió que era igualmente importante fomentar tanto la pequeña como la gran agricultura, a pesar de la crítica de Luis Cabrera quien impugnó esa definición que, a su juicio, era contradictoria.¹¹

Aprobado el programa, la convención abordó el problema de sus candidatos a las elecciones. Como era de esperar, Madero resultó electo por unanimidad y aclamaciones para buscar la presidencia y se comprometió a luchar por llevar a la práctica ese programa, sin embargo, la unidad del partido se puso a prueba en la elección del candidato a la vicepresidencia. Ahí fue donde tuvo lugar la verdadera batalla entre los partidarios de Vázquez Gómez y los de Madero, quienes impulsaban la candidatura del muy poco conocido José María Pino Suárez. A pesar de que Madero tenía el control de la mayor parte del aparato, los Vázquez Gómez conservaban influencia en amplios sectores y el doctor era mucho más conocido que el gris candidato maderista. Entre impugnaciones, descalificaciones y acusaciones de fraude, después de varios días de tortuosas sesiones, se impuso el peso de la maquinaria maderista y por un margen estrecho fue electo Pino Suárez como compañero de fórmula del líder, lo que significó la ruptura definitiva entre Madero y los Vázquez Gómez. El doctor dejó el ministerio de Instrucción Pública poco después, pero siguió siendo un dolor de cabeza para el maderismo y fue postulado por el Partido Antirreeleccionista para la vicepresidencia.¹²

El *affaire* Vázquez Gómez fue la primera ruptura importante dentro del círculo civil maderista y tuvo resultados contradictorios. Si bien los Vázquez Gómez no eran revolucionarios ni los representantes de la revolución dentro del gobierno interino, lo cierto es que tenían razón en cuestionar la falta de voluntad del maderismo ante los cam-

¹¹ Fabela, *op. cit.*, p. 100-112 y 123.

¹² *Ibidem*, p. 114-120. Henderson, *op. cit.*, p. 130-131.

bios que reclamaban los sectores populares más radicales y en sus críticas al compromiso de Madero con los grupos privilegiados. El maderismo no supo resolver esos cuestionamientos y se definió todavía más por una posición moderada y conciliadora. Eso siguió enajenándole el respaldo de su base popular. Sin embargo, temporalmente, el liderazgo de Madero se fortaleció, fue más homogéneo su proyecto político, logró eliminar los protagonismos de los más ambiciosos de sus seguidores y su autoridad interna no tuvo ya ninguna otra figura que le hiciera sombra. En Pino Suárez tuvo a un aliado leal y respetuoso, que lo acompañó sin contratiempos desde ese momento hasta la muerte de ambos. Además, en ese episodio quedó claro que Madero era el principal poder real en el país, aunque la salida de los hermanos fortaleció también directamente a León de la Barra, quien se deshizo de su principal opositor dentro del gabinete e incrementó su autoridad ante el ejército, ante los gobernadores y ante la sociedad.¹³ Además, controló mucho mejor la operación clave del ministerio del interior, que estuvo a partir de ese momento bajo su mando directo. Esto le dio mayor autonomía ante Madero mismo, como éste muy pronto se dio cuenta, al convertirse la actuación de García Granados en fuente de agudos conflictos en las coyunturas que siguieron. Y, desde luego, quienes más perdieron fueron los Vázquez Gómez, que a partir de entonces jugarían un papel cada vez más marginal en la política mexicana.

El reyismo

En el escenario había otra figura política de dimensión nacional que, desde su regreso al país en los primeros días de junio de 1911, empezó a tener un papel importante en los acontecimientos: el general Bernardo Reyes. Madero y sus familiares, que constituían un poderoso clan económico en el noreste del país, habían sido enemigos natura-

¹³ El 7 de agosto de 1911 De la Barra escribió a Limantour una reveladora carta en donde le confió que había salido fortalecido: “la situación política se ha mejorado notablemente en estos últimos días después del periodo de amargura inaugurado a la salida del Sr. Gral. Díaz, en que veía peligrar nuestra nacionalidad, decidí cambiar la actitud asumida por mí como consecuencia de los arreglos con la revolución en que usted intervino, y desde hace 12 días, procediendo con la energía que las circunstancias imponían para el bien del país ‘ordene’ al Lic. Vázquez Gómez que me presentara su renuncia. Temía que ese acto fuera el principio de nuevas dificultades, pero la opinión general me ha acompañado y aplaudido mi resolución. He puesto en la cárcel a los principales jefes revolucionarios que [protestaron]... contra mi resolución... confíe al Gral. Villaseñor la organización de los cuerpos rurales y avanzó en el desarme y disolución de las fuerzas revolucionarias. La fiesta militar del domingo último, ha mostrado que cuento con el ejército.” DB a Limantour, 7 de agosto de 1911, *AJYL*, rollo 65.

les de Reyes —el procónsul de la región desde fines del siglo XIX—, y esta enemistad había persistido con el paso de los años. Así, en las negociaciones con Limantour en los días postreros del porfiriato, una más de sus afinidades fue el mutuo rechazo a Reyes y a la opción militarista para el país que —temían— representaba el popular general. Por ello, sabedores de la importancia que Reyes tenía dentro del ejército federal y temerosos de que su regreso del exilio europeo pudiera revertir los avances de la rebelión maderista, los jefes de la revuelta exigieron que se impidiera el regreso de Reyes, con lo que Limantour —su gran rival histórico— estuvo de acuerdo. De este modo, Reyes fue detenido en La Habana desde abril de 1911 y, cuando pudo llegar al país, en los primeros días de junio de ese año, el porfiriato había pasado a la historia.¹⁴

Poco después de su arribo, Madero le ofreció una alianza: sería su ministro de Guerra. Reyes estuvo de acuerdo. Con ello, Madero buscaba atraerse a un amplio sector del ejército federal y dar confianza a los círculos conservadores. Pensaba que una amplia coalición de fuerzas —en la que se incluyera a prominentes figuras del porfiriato— era la mejor manera de consolidar pronto la paz, de mostrar un espíritu de concordia y unidad y trabajar en la legitimación del nuevo proyecto de país. El líder de la revolución quería también modernizar y hacer una reforma en el ejército. Sabía que la institución castrense era un pilar de las instituciones y que no podían modernizarse éstas ni tener solidez sin que los militares se sumaran a ese proyecto. Pensó que la manera más efectiva y tersa de lograrlo era con la participación de Reyes, uno de sus miembros más prestigiados. Madero no temía en ese momento la deslealtad de Reyes y prefería compartir el poder con él, tenerlo cerca y aprovechar el prestigio que tenía, a tener que lidiar con un prematuro enemigo que le podía generar conflictos cuando el orden institucional y la paz no estaban restablecidos aún. A Reyes le convenía también una alianza con Madero. Sus rivales “científicos” lo habían eliminado de la escena política años atrás y ahora ellos eran los que habían tenido que exiliarse. Ambicioso como era, vio la oportunidad de regresar a los primeros planos de la escena política, recomponer sus vínculos y apoyos y convertirse en el hombre fuerte por el que clamaban las elites y clases medias nostálgicas del porfiriato.

Esa alianza, empero, fue severamente cuestionada por Gustavo A. Madero y algunos de los jóvenes maderistas civiles, quienes veían en el divisionario el peligro más grave para una restauración conservadora de carácter militar. Otros de sus seguidores, en cambio, conside-

¹⁴ Henderson, *op. cit.*, p. 133.

raron apropiado ese compromiso y respaldaron a Madero. Sin embargo, el pacto se vino abajo muy pronto. La convulsionada situación política de julio y agosto de 1911, la matanza de maderistas en Puebla, las divisiones en el gabinete provisional, las pugnas dentro del maderismo con los hermanos Vázquez Gómez y, sobre todo, la ruptura de las negociaciones con Zapata, que enfrentaron a Madero con León de la Barra y el ejército, llevaron a los líderes maderistas a reformular sus alianzas y a marcar distancias con personajes como Reyes, a quien muchos de ellos —y Madero mismo— veían como el instigador de varios de esos acontecimientos que estaban minando el prestigio del líder de la revolución y causando alarma en sectores de la opinión pública ante su incapacidad de poner orden y restablecer la normalidad republicana. La creencia de que Reyes estaba detrás de los intentos de desestabilización y aún de los complots contra Madero, sin embargo, no tenían pruebas fundadas.¹⁵

Para ambos personajes el pacto pronto demostró ser una quimera, pues los dos representaban a fuerzas contrapuestas; eran líderes con proyectos y aspiraciones difícilmente compatibles. La alianza muy pronto comenzó a ser incómoda para los dos. Así, a mediados de julio, Madero escribió a Reyes que no se sintiera atado al compromiso contraído con él y que si lo consideraba necesario presentara su candidatura a la presidencia. Reyes, quien había resentido inmediatamente la animadversión del primer círculo maderista, evaluó la situación y, alentado por su hijo Rodolfo y por sus partidarios, creyó oportuno capitalizar en su provecho el deterioro de la popularidad de Madero y decidió contender. Cuidadoso de las formas y con su viejo estilo, no quiso hacerla pública sin consultarlo personalmente con el líder. Así, a fines de julio de 1911, se comunicó con Madero para informarle que estaba meditando presentarse en las elecciones y, el 2 de agosto, se reunió con él, acompañado de Ernesto Madero, su viejo amigo. En esa reunión los dos personajes dieron por terminada su alianza y quedaron comprometidos en hacer una contienda limpia, sin ataques entre ellos y, sobre todo, a respetar el resultado de la elección y apoyarse mutuamente, cualquiera que fuese el resultado. Para mostrar su buena disposición, Reyes ofreció ahí mismo la candidatura de su partido

¹⁵ Los líderes maderistas sobreestimaron la verdadera influencia política de Reyes y no se dieron cuenta de que en realidad no tenía mucho apoyo si quería llegar a la presidencia de la República, ni siquiera en los sectores más conservadores. Los líderes maderistas recurrieron al expediente fácil de buscar culpables y manos ocultas detrás de acontecimientos que, si se habían complicado, era por lo difícil de encontrar puntos de acuerdo entre los múltiples actores que empujaban en direcciones diferentes y tenían intereses a menudo contrapuestos y, también, debido a errores políticos de Madero y sus colaboradores.

a la vicepresidencia a Ernesto Madero, quien no aceptó. Correspondiendo al gesto, Madero reiteró que Reyes tendría un puesto en su gabinete, en caso de triunfar en la contienda. Reyes anunció el 4 de agosto que aceptaba la postulación del partido reyista para ser candidato presidencial.¹⁶

La decisión de presentarse a la contienda electoral fue festejada no sólo por sus seguidores más cercanos, sino también por sectores medios y altos, ante los cuales Reyes aparecía como la única opción para restablecer el orden y acabar con la inestabilidad que estaba viviendo el país. Para muchos de los sectores conservadores, el tiempo transcurrido desde la salida de Díaz les había mostrado los peligros de la revolución y de la falta de autoridad y clamaron por el regreso del hombre fuerte. Reyes representaba, a sus ojos, la mejor opción. Sin embargo, era una alternativa que, para ser viable, tenía que ser una restauración del régimen porfiriano. En 1911 el reyismo se había vuelto un anacronismo¹⁷ y aunque volvió a crecer tenía una naturaleza completamente diferente a la que había tenido en 1908-1909. Entonces había sido un movimiento democratizador de clases medias y populares, dentro de los cauces institucionales del porfiriato. Personajes importantes de la oposición democrática al régimen de Díaz, que habían sido reyistas convencidos en 1908-1909, se habían sumado al maderismo y a la insurrección y no apoyaron el regreso a la palestra de su antiguo líder. En 1911, ante la insurrección que había sacado a don Porfirio, el reyismo era un movimiento de restauración conservadora. Quienes estaban detrás de él, en ese resurgimiento, no fueron los mismos sectores que antes, sino las elites, los terratenientes, el ejército, los empresarios y un sector de las clases medias, atemorizados todos ellos

¹⁶ FIM a Reyes, 16 de julio, FIM a DB, 25 y 26 de julio, *ADB*, 2:105, 2:113, 2:116, Telegrama de Madero y Reyes a DB, San Lorenzo, 2 de agosto de 1911, *ADB*, 18:3:167. En su manifiesto del 4 de agosto Reyes expresó que cuando regresó al país, en junio, era inoportuna su candidatura y que por patriotismo había que apoyar a Madero, por lo que había aceptado la alianza que aquél le ofreció. Sin embargo “en ese breve periodo de tiempo he visto que mis anhelos de unirme y llevar mis contingentes al jefe de la revolución han sido vanos; parte de sus ardientes prosélitos nos rechazan a mí y a los míos, lanzándome por la prensa toda clase de denuestos... [así] visto que resultaba contraproducente mi propósito... decidí apartarme de su lado...” en Fabela, *op. cit.*, p. 29-32. Los partidarios de Reyes se aprestaron a organizar su campaña. El 6 de agosto el comité central reyista emitió un manifiesto a la Nación en el que mencionó que “El general Reyes encarna el orden y su exaltación a la primera magistratura es una promesa de que dentro de este, sin sacudimientos bruscos, sin alteraciones del concierto social, aprovechando todos los elementos útiles, con exclusión tan solo de los “Estigmatizados por la opinión pública o sean los científicos” y sin los innumerables compromisos de los que sólo puede estar exento un neutral, irá implantándose en la República el verdadero régimen democrático.” Véase Manifiesto del 4 de agosto de 1911, en *AFVG*, 101:16:4.

¹⁷ La frase es de Henderson, *op. cit.*, p. 133.

por la revolución y decididos a ponerle freno. Sin embargo, en esas nuevas condiciones el movimiento reyista —como pronto se mostró— era una alternativa política muy débil que no prendió ni siquiera entre sus antiguos partidarios, muchos de los cuales se habían vuelto maderistas, ni tampoco despertó muchas simpatías en los sectores contrarios al maderismo. No era todavía el tiempo de la restauración.

El inicio de la campaña electoral muy pronto rompió el ambiente de concordia que habían querido mantener. Los seguidores de Madero, encabezados por su hermano Gustavo, obstaculizaron de manera creciente, abierta e ilegal los actos proselitistas de Reyes. La prensa maderista, con el recién fundado periódico *Nueva Era* a la cabeza, arreció su campaña de ataques para desacreditar a Reyes, presentándolo como una amenaza para la paz e identificándolo con los peores aspectos del porfiriato. Los grupos de choque que había organizado y que financiaba Gustavo A. Madero se dieron gusto saboteando las manifestaciones y mítines reyistas. Aunque León de la Barra había ofrecido sus oficios para garantizar una contienda limpia, fue incapaz de garantizar a Reyes y a sus seguidores las condiciones de seguridad mínimas para su campaña. La batalla era bastante desigual. Los reyistas fueron perseguidos y acosados. Desde la posición de fuerza que tenía, el maderismo obstaculizó abiertamente la campaña reyista que, por lo demás, nunca alzó el vuelo, por lo que, tal vez, la rudeza con la que la combatieron algunos seguidores de Madero haya sido innecesaria.¹⁸

El momento culminante de esa ofensiva tuvo lugar el 2 de septiembre de 1911 cuando una manifestación reyista fue agredida por los grupos de choque de Gustavo A. Madero, quienes apedrearon a Reyes y golpearon a sus seguidores. Reyes tuvo que refugiarse en su casa y pidió protección a De la Barra. Luego de ese incidente el presidente interino organizó una reunión el 8 de ese mes con los representantes de ambos partidos quienes se comprometieron a cesar los ataques y firmaron un compromiso de no agresión, aunque una vez más el encono de la batalla política los rebasó y el pacto se vino abajo.¹⁹

En medio de ese clima hostil, el 10 de septiembre se celebró la convención del partido reyista, que formalizó la candidatura de su líder. Reyes y sus partidarios, luego de la persecución que habían sufrido y de constatar que el gobierno interino no tenía capacidad de someter a los maderistas, comprendieron que no tenían oportunidad de ganarle la elección a Madero, que la fuerza y popularidad de éste eran mucho

¹⁸ Heriberto Barrón a Reyes, 16 de agosto de 1911, AGM, 31:B2:143.

¹⁹ El grupo de choque organizado por Gustavo A. Madero fue criticado acremente en la prensa de la época y era conocido como “La Porra”, sobrenombre que le puso Trinidad Sánchez Santos, director de *El País*, véase Hernández y Lazo, *op. cit.*, p. 162 y 168.

mayores que las suyas y que el mejor aliado que tenían era el tiempo. Así, trataron de postergar las elecciones y pidieron al Congreso su aplazamiento hasta que hubiera condiciones más equitativas. Madero endureció su postura y, en un tono enérgico y amenazante, advirtió a los legisladores del peligro de violencia que se podría presentar si accedían a esa solicitud. El Congreso, que también creía inconveniente alargar el interinato, rechazó posponer los comicios. Ante ese nuevo fracaso, Reyes, impotente y frustrado, abandonó la contienda y salió del país el 28 de ese mes, rumbo a Cuba y luego a los Estados Unidos, con las claras intenciones de fraguar un golpe militar contra Madero, lo que haría —infructuosamente— pocos días después que éste asumiera la presidencia de la República.²⁰ Sería el ocaso definitivo del reyismo.

El abandono de la contienda por el partido reyista fue otro duro golpe para la paz y el restablecimiento del orden que se buscaba. La credibilidad del proceso electoral fue puesta en duda ante la falta de equidad y buena fe y ante la ineficacia del gobierno interino de garantizar una contienda limpia. El maderismo actuó como un partido semioficial que, desde el poder, con múltiples recursos, desbarató al partido reyista. Éste, por su parte, ante la ambición de su dirigente y su impericia para hacer alianzas y tomar las decisiones adecuadas en los momentos precisos, sobreestimó su fuerza y contribuyó con ello a su derrota. El reyismo desapareció de la escena nacional. Su última manifestación sería amarga y trágica, en el cuartelazo que puso fin al experimento maderista y que fue también el fin para ambos personajes. El maderismo, por su parte, perdió a un importante aliado y la posibilidad de reformar al ejército institucionalmente y de reconciliarlo con la revolución. Esa imposibilidad de tender puentes con sectores del ejército y neutralizar a los más abiertamente antimaderistas tendría consecuencias trágicas no solo para el maderismo sino también para la institución castrense, que jamás pudo entender, como institución, la necesidad de cambiar y modernizarse y se opuso cada vez con más vehemencia a la revolución, por lo cual sería derrotada en toda la línea y desmantelada por la siguiente oleada revolucionaria en 1913-1914.

El ejército federal

Otro de los grandes actores en la escena nacional de esos días fue el ejército federal. Esta institución —uno de los actores más poderosos y cohesionados— había tenido un papel clave contra la insurrección

²⁰ Reyes a DB, 6 de septiembre de 1911, AGM, 1/R-4/60. Ponce de León, *op. cit.*, p. 129-135.

maderista como soporte principal del régimen de Díaz, y, sin embargo, había sido hecho a un lado en las negociaciones de paz y en la capitulación. De hecho, las últimas decisiones de Díaz y Limantour habían sido tomadas sobre la base de su incapacidad e ineficiencia para acabar con la rebelión y esa impotencia había colocado al orgulloso ejército porfiriano en una situación de deshonra y humillación. Era el gran derrotado y parecía ser uno de los principales sectores damnificados por la caída de Díaz. No obstante, su derrota estratégica no significaba que hubiera sufrido graves descalabros en el campo de batalla, ni que hubiera sido diezmado o desmantelado. En buena medida, estaba intacto y, a pesar de todo, en la complicada situación política que se creó con el Tratado de Ciudad Juárez, el papel del ejército sería clave: continuaría siendo el ejército nacional del nuevo régimen y el principal garante del orden, la legalidad y las instituciones. Esta función era tanto más importante cuanto que el ejército que lo había derrotado, el rebelde, se licenciaría y desaparecería de la escena. Así pues, se había creado una paradoja: el ejército federal tendría que guardar lealtad y defender al nuevo gobierno emanado de la revolución, al grupo que los había vencido y humillado, lo cual no sería fácil para una institución cuya tradición e ideología se habían formado dentro de un espíritu de casta. Si había un sector identificado con los valores del régimen porfiriano era el ejército. Y a la inversa, los líderes revolucionarios tendrían que confiar y apoyarse en el enemigo al que habían combatido, en quien no confiaban plenamente y a quien todavía temían. Por todo ello, en el interinato, la relación del ejército con el nuevo gobierno y con los líderes maderistas fue extremadamente complicada.

Como ha sido señalado reiteradamente, el régimen de Díaz, conforme se consolidó, redujo considerablemente el número de sus efectivos, centralizó en sus manos el mando, debilitó y controló a sus líderes con mayor prestigio, y burocratizó su estructura. En 1910 tenía el mismo tamaño que en 1881, no había sido modernizado, no contaba con equipo ni presupuesto suficientes y, al no existir un servicio militar obligatorio, tenía serios problemas de reclutamiento y lo agobiaban las numerosas y permanentes deserciones, como producto directo de su sistema coactivo de incorporación: la leva.²¹ En esas condiciones, el ejército se quedó anclado al siglo XIX, sus principales jefes envejecieron junto con el régimen de Díaz y los tibios intentos por reformarlo y modernizarlo fueron poco trascendentes y no resolvieron los problemas de fondo.

²¹ Alexius, 1976, p. 20-31, 108.

La insurrección maderista hizo que afloraran todas esas deficiencias y problemas estructurales del ejército. Y, a pesar de todo, no había sido derrotado en ninguna batalla importante, aunque había ganado la mayoría de los enfrentamientos de más envergadura y había ofrecido una fuerte resistencia a tropas rebeldes que lo superaban varias veces en número.²² Al iniciar el interinato, el ejército resguardaba las principales ciudades del país. En los siguientes días, la desocupación de las ciudades, el regreso de las tropas a sus cuarteles y el reconocimiento a las nuevas autoridades tuvieron que hacerse, no sin fricciones, con el acuerdo del ejército.

La fuerza de éste y el lugar que se le daría en el nuevo régimen quedaron de manifiesto en las condiciones pactadas en Ciudad Juárez: el nombramiento de la única secretaría reservada por el régimen porfirista para uno de los suyos en el gobierno interino sería precisamente la de Guerra. La designación recayó en Eugenio Rascón, propuesto por Díaz y aceptado por León de la Barra y Madero. Éstos dos sabían que la labor que tenían por delante no podía ser llevada a cabo sin la cooperación de la institución armada. Así pues, entre sus prioridades estuvo reunirse y acercarse con el ejército y, a lo largo de todo el interinato, hubo un intento constante de ambos, casi un cortejo —particularmente en el caso del presidente interino—, por ganarse su confianza, por reconocerle públicamente sus méritos, por dar ascensos a varios de sus principales cuadros y por tratar de influir en la opinión pública para que reconociera en el ejército federal uno de los principales baluartes no sólo del orden y las instituciones sino del nuevo proyecto democrático que el gobierno emanado de la revolución se proponía llevar a cabo. De la Barra fue muy exitoso en su relación con el ejército: trató a los militares con deferencia y, sobre todo, se alió con ellos, los respaldó incondicionalmente en todas sus acciones y les confirió una gran autonomía en sus decisiones. Madero, en cambio, tuvo una relación ambigua y conflictiva con ellos. Si bien les hizo reconocimientos públicos y trató de sumar a un sector de ellos a su proyecto, tuvo señalamientos críticos y decisiones contrarias a los altos mandos castrenses que los fueron separando y enfrentando.

Cuando fue elegido sucesor de don Porfirio, De la Barra elogió la actitud patriótica, leal y abnegada del ejército y señaló que sería objeto de consideración especial por su gobierno. El día que tomó posesión como presidente interino se reunió con su plana mayor en el Palacio Nacional. Madero, entre tanto, emitió el 1º de junio un manifiesto al ejército en el que lo conminaba a unirse con los revolucionarios para

²² Alexius, *op. cit.*, p. 311-326.

formar una sola institución; les pidió ser leales al nuevo gobierno y trató de infundirles confianza en que tendrían reconocimiento y respeto y que no se les perseguiría. En esa misma proclama, empero, con poco tacto, Madero, hizo la primera manifestación de una postura crítica hacia la institución castrense que comenzaría a crearle problemas con los militares, al señalar que en el nuevo régimen no se continuaría con la leva y que el ejército no sería “un refugio de criminales.”²³

León de la Barra, en cambio, quien tenía una profunda afinidad con el ejército, fue mucho más hábil y cuidadoso en su trato con él. Sabedor de que se hallaba lastimado en su orgullo, en una reunión con sus altos mandos los felicitó por la campaña militar contra los insurgentes y anunció que se integraría una comisión de sus jefes y oficiales para hacer un diagnóstico de sus problemas y ofrecer una propuesta de solución. Dicha comisión fue formada de inmediato y en ella participaron algunos de los más destacados generales y coroneles. El secretario de Guerra, Rascón, fue ascendido a general divisionario por De la Barra el 2 de junio de ese año y, ese mismo día, el presidente interino asistió a un homenaje a los oficiales caídos durante la insurrección.²⁴

Madero sabía que tenía que tender puentes con el ejército y contar con su apoyo. Comenzó a hacerle reiterados reconocimientos públicos por su comportamiento ante la rebelión, deslindando su responsabilidad de la de Díaz y señalando que el pueblo no había derrotado al ejército, sino a la dictadura, y que las aspiraciones de los militares eran también de libertad.²⁵ Con el afán de congraciarse con ellos, dio un paso más arriesgado: a pesar de la animadversión y el temor que le inspiraba Bernardo Reyes, pero conocedor de la influencia que éste tenía en el instituto armado, le ofreció una alianza, para que fuera su ministro de Guerra y que se encargara de reorganizar al ejército. Reyes se convirtió en uno de los principales portavoces de las fuerzas armadas y su reconocimiento al gobierno provisional y su alianza con Madero fortalecieron temporalmente a ambos. Sin embargo, el rechazo de algunos de los colaboradores más cercanos a Madero y del amplio espectro de la clase política liberal —antimilitarista por definición—, pero sobre todo el protagonismo y la ambición que pronto volvieron a demostrar Reyes y sus seguidores, echaron por la borda esa alianza.²⁶ No se tiene información directa del grado de apoyo que el intento de

²³ *El Imparcial*, 24 y 26 de mayo, 1º de junio de 1911.

²⁴ *Ibidem*, 3 y 4 de junio de 1911. *Diario del Hogar*, 3 de junio de 1911.

²⁵ Manifiesto a la Nación de Madero, *Diario del Hogar*, 25 de junio de 1911.

²⁶ Madero declaró que “si invité al Sr. Reyes para que fuese ministro de Guerra... es porque sinceramente creo que su gran actividad y sus conocimientos en el ramo serán útiles para reformar al ejército y ponerlo a la altura necesaria.”

Reyes por alcanzar la presidencia encontró dentro de las fuerzas armadas, pero es posible suponer que la opinión de una parte importante de la jerarquía militar no veía con malos ojos la formación de un proyecto reyista.

En las semanas siguientes, la construcción de la candidatura reyista, el sabotaje maderista a ella, la resistencia de algunos jefes militares a desalojar varias ciudades y a que se castigaran supuestos actos de corrupción hicieron que la desconfianza y las diferencias que el ejército tenía con Madero se volvieran cada vez más abiertas y públicas. El líder de la insurrección, por su parte, tenía la certeza de que detrás de las dificultades políticas que se originaron en esos días se encontraba la mano desestabilizadora de Reyes y que éste contaba con el respaldo de los altos mandos castrenses. A fines de junio apareció en la prensa un escándalo por corrupción que involucraba al general Manuel Mondragón, uno de los principales jefes militares, a quien se vinculaba con haber inflado el costo en la fabricación de los cartuchos de armas nacionales y en la compra de equipo de guerra europeo defectuoso, parte del cual no había podido usarse en la defensa de Ciudad Juárez; se mencionó también la compra de material bélico inexistente. Aunque se habló sobre el castigo a los responsables, no parecen haberse tomado medidas contra Mondragón, ni se tiene evidencia de que la investigación haya avanzado. Sin embargo, su ventilamiento público disgustó a los mandos militares.²⁷

Otro acontecimiento que provocó una mayor división entre el ejército y Madero fue el complot y la matanza de civiles en Puebla. Ese conflicto alertó a Madero del peligro que corrían él y su proyecto y lo decidió a adoptar una actitud más cautelosa. Por una parte, se volvió inaplazable su exigencia a De la Barra para hacer cambios en el ejército, sustituir al ministro de Guerra por alguien más cercano a Madero y sacar a los miembros más comprometidos con el régimen de Díaz; al mismo tiempo, buscó congraciarse con el ejército, enfatizando públicamente su papel central y su alianza con la revolución, para aislar al sector más duro y estrechar sus vínculos con un sector más proclive a su liderazgo. El jefe de la revolución adoptó un doble lenguaje: en privado manifestaba abiertamente sus discrepancias y sus temores ante una actitud cada vez más beligerante y golpista del ejército y urgía a tomar medidas para desactivarla. En público, trató de mostrar que no sólo no había ningún agravio, sino que promovió ascensos y

²⁷ *El Imparcial*, 24 de junio, 4 de julio de 1911; *El País*, 25 de junio y 26 de julio, 8 y 11 de agosto de 1911. Al parecer, al único militar que se castigó por corrupción fue al coronel Miguel Ruelas, por malversación de fondos en la Escuela de Aspirantes de Tlalpan, *El País*, 6 de agosto de 1911.

reconocimiento para los jefes militares y tanto él como sus principales colaboradores intensificaron sus declaraciones y actos a favor de las fuerzas armadas. En esta misma lógica, las dos medidas más importantes fueron la renuncia de Rascón a la secretaría de Guerra y su relevo por José González Salas, uno de los pocos militares de alto rango cercano a Madero y la promoción del jefe federal responsable de los acontecimientos trágicos de Puebla, Aureliano Blanquet, a general de división; González Salas fue ascendido casi inmediatamente a general brigadier.²⁸

Sin embargo, a pesar del intento maderista por ganarse a las fuerzas armadas, al interior de éstas se hacía sentir un sector más intransigente que parecía envalentonarse y criticar cada vez con más fuerza a la revolución. El general García Cuéllar, quien ocupaba también una curul en el Congreso, en un acto en honor de los militares caídos en la campaña contra la insurrección, expresó que el ejército había cumplido con su deber al combatir la rebelión puesto que los revolucionarios estaban violando la ley y que la muerte de los soldados caídos era gloriosa.²⁹ El clímax de esas divergencias se expresó en la jura de bandera del 32º Batallón, acto al que asistieron León de la Barra, Madero y Reyes el 6 de agosto. De la Barra, quien no había dejado de reunirse frecuentemente con las fuerzas armadas y siempre había hecho grandes elogios de ellas, señaló que el ejército, como guardián del orden y de la ley, tenía un papel central que cumplir en la nueva fase democrática por la que transitaba el país: “la democracia tiene en ustedes un gran apoyo, sois la garantía del orden para que ella pueda ejercitarse plenamente.” Madero, a continuación, aunque alabó su ho-

²⁸ Después de la matanza de Puebla, Madero escribió a De la Barra que era imperioso sustituir a Rascón, quien tenía “demasiadas ligas y simpatías por el régimen pasado, por González Salas “cuya adhesión al nuevo gobierno está fuera de toda duda.” Al día siguiente informó al presidente interino que estaba enterado y de acuerdo en que se aceptara la renuncia de Rascón y le pidió nuevamente que retirara a Blanquet, lo que volvió a demandar al día siguiente aduciendo que había “un odio particularmente agudo contra Blanquet en Puebla.” FIM a DB, Puebla, 13, 14 y 15 de julio de 1911, ADB, 2:100-103. Sin embargo, el 19 de julio Madero encabezó un acto de reconciliación con el ejército en Puebla, en el que pidió a la población que cesaran los rencores entre el ejército y los revolucionarios e hizo un reconocimiento público a Blanquet; véase *El Imparcial*, 19 de julio de 1911. Junto con Rascón renunció el subsecretario de Guerra, Juan Durán; González Salas, aunque se hizo responsable del ministerio, recibió sólo el nombramiento de subsecretario, encargado del despacho. De manera inusual, dado el hermetismo y la disciplina que habían caracterizado a las fuerzas armadas, Rascón declaró que su renuncia no se debía a que no hubiera querido proceder en contra del general Mondragón, con quien nunca había hecho causa común. Su diferencia era con los revolucionarios, dijo, quienes querían que se diera de baja a todos los soldados enrolados forzosamente al ejército, sin haber posibilidad de remplazarlos. *El País*, 20 de julio; *El Imparcial*, 21, 23 y 29 de julio de 1911.

²⁹ *Ibidem*, 24 de julio de 1911.

nor, disciplina y lealtad, criticó que fuera un organismo incondicional de un solo hombre y expresó un juicio que produjo una reacción inmediata de desaprobación y abucheos en los presentes al decir que “es un grave peligro para la patria, que debido a la ordenanza militar y a la disciplina se apegue tan estrictamente, que en muchas ocasiones se vea obligado a defender a un gobierno que no representa ya la ley...” Para remediarlo, proponía un importante cambio constitucional: que el ejército no dependiera directamente del ejecutivo, sino del congreso y que se instaurara un régimen parlamentario, como en Francia y otras naciones europeas.³⁰

En medio de ese tenso clima ocurrió el principal acontecimiento que terminó de agriar las relaciones de Madero con el ejército: la ruptura con el zapatismo. Madero responsabilizó públicamente a Huerta y al ejército de haber provocado ese desenlace —instigados por Reyes—, y fue el momento de mayor tensión entre ambos. Significó también la separación definitiva entre Madero y el presidente interino. Tanto Huerta como Reyes rechazaron la acusación de Madero. Los mandos militares fortalecieron sus vínculos con De la Barra y con los sectores más conservadores, que criticaron cada vez más la incapacidad de Madero para controlar la insurrección zapatista y achacaron el fracaso de la misión federal a los obstáculos que Madero ponía para combatir a los revolucionarios.³¹

De la Barra continuó cortejando al ejército. El 7 de septiembre aceptó la presidencia honoraria del Colegio Militar y en los siguientes días ascendió a 8 generales brigadieres y el presupuesto de Guerra fue incrementado a 12 millones de pesos para sostener a 8 batallones más. En el primero de esos eventos, el general García Cuéllar se atrevió a hacer la declaración pública más fuerte en contra de la revolución:

La opinión pública no quiere demagogos, ni jacobinos, ni radicales; pide hombres serenos y justos... Si la Revolución de 1910, además de lo que ya teníamos, nos trae y establece principios democráticos,

³⁰ *El País*, 7 y 8 de agosto; *El Imparcial*, 7 de agosto de 1911. Esas ideas de Madero representaban una de sus propuestas democráticas más radicales que, sin embargo, no fueron promovidas cuando ocupó el poder. Empero, al margen de su viabilidad política, no era el auditorio ni el mejor momento de expresarlas. Mostraban una marcada insensibilidad y falta de tacto ante un sector tan cerrado, formado férreamente en el cumplimiento de la ley, el respeto y la lealtad a las instituciones, y que era poco permeable al cambio.

³¹ *El Imparcial*, 20 de agosto de 1911. Cuando Huerta rindió el informe de su campaña, enfrentó públicamente a Madero y le exigió que probara sus acusaciones acerca de su conducta “inexplicable”, recordándole que siempre había actuado con la aprobación incondicional de León de la Barra y de la secretaría de Guerra; *El País*, 29 de octubre de 1911.

¡bendita sea Revolución de 1910! Pero si así no fuese, ¡que la patria y la historia maldigan la Revolución de 1910!³²

Ante esa beligerancia de algunos sectores del ejército y el temor de que alentaran intentos golpistas, luego del retiro de Reyes de la contienda electoral y del enojo de una parte de las fuerzas armadas por la responsabilidad que les atribuían de la guerra con el zapatismo, en el maderismo se incrementaron los pronunciamientos a favor del ejército y los actos con su dirigencia. Varias editoriales de *Nueva Era* señalaron que el ejército no había sido derrotado por la revolución sino que ésta había derrotado a la dictadura porfirista y justificaron y alabaron su actitud al cumplir con su deber. No era enemigo del pueblo; este juicio debía desvanecerse. No tenía tampoco, según su decir, aspiraciones golpistas. Madero, incluso, asistió a actos organizados para honrar la memoria de los militares y revolucionarios muertos durante la revuelta. En el evento conmemorativo a los caídos el discurso maderista lo pronunció Federico González Garza, quien subrayó que

El pueblo no combatió contra el ejército, a quien ama y admira, porque es depositario de nuestras glorias y de nuestros más sagrados intereses; el pueblo combatió a un gobierno al que tuvo que sostener el ejército porque así se lo imponía su deber... luchó contra un gobierno que le negaba el derecho de ser libre, nunca contra el ejército, al que sinceramente quiso atraerse a su causa. Por eso, ahora que ha vuelto a sus manos la soberanía, invita solemnemente al ejército a celebrar una alianza perdurable de concordia...³³

Contestó el mensaje el coronel Miguel Ruelas, quien expresó puntos de vista coincidentes con el maderismo y con el espíritu de unión que se buscaba establecer. Ese discurso mostraba que existía también al interior de las fuerzas armadas un sector proclive al maderismo, aunque al parecer minoritario. Sin embargo, había otro sector en la opinión pública y en las fuerzas armadas que tenía un gran resentimiento y que se sentía ultrajado por la forma en que se le responsabilizaba por la ingobernabilidad. Nemesio García Naranjo, uno de los intelectuales más ligados al porfiriato, expresó con claridad esta postura al criticar

³² Entre los generales ascendidos estaban José Refugio Velasco, Ángel García Peña y Juvencio Robles, *El Imparcial*, 8, 16 y 22 de septiembre de 1911; *El País*, 9 de septiembre y 7 de octubre de 1911. El general García Cuéllar, sin tapujos, declaró en el Congreso, como presidente de la Cámara de Diputados, que odiaba con el corazón a la revolución, pero que con la cabeza se sobreponía a ese sentimiento y se refirió varias veces a la restauración en Francia: *Nueva Era*, 6 de octubre de 1911.

³³ *Nueva Era*, 29 de septiembre y 12 de octubre de 1911.

que tanto Madero como el gobierno interino maniataban al ejército y luego lo responsabilizaban de su fracaso en combatir al zapatismo y sentenció sin ambages:

El gobierno debe sentir fe y amor por el ejército, Díaz le dedicó su devoción. Por eso el Ejército, sobre la Revolución triunfante, sobre los tumultos populares... persiste en cultivar el respeto que le merece su antiguo jefe y sigue tributándole homenajes a su desterrado general.³⁴

El fracaso de la campaña contra el zapatismo produjo una nueva crisis ministerial, que se expresó con la renuncia de González Salas, de Alberto García Granados y de Francisco Vázquez Gómez en las postrimerías del interinato. Fue la última tormenta política de ese convulso periodo y se esperaba que con el gobierno de Madero se resolvieran los problemas que habían aflorado. En su informe final, León de la Barra hizo un amplio reconocimiento a la labor de las fuerzas armadas, aunque admitió que no había sido posible imponer la paz en Morelos y señaló que ese era uno de los principales pendientes de su gestión.³⁵

Con ese reconocimiento concluyó un periodo convulso en el que, sin embargo, no se habían resuelto los problemas de fondo del ejército, ni de su relación con el nuevo régimen revolucionario. La crisis del instituto armado, que había aparecido en toda su dimensión con la revuelta, no fue siquiera reconocida ni por los dirigentes militares ni por los nuevos responsables del poder.³⁶ El gobierno interino y los líderes maderistas prefirieron, bien fuera por convicción o por conveniencia, llevar una relación tersa con el ejército y no emprender acciones que lo pudieran lastimar. Tampoco hubo el intento de realizar las reformas que necesitaba la institución. Se optó por no tocar a sus líderes, por alejarlos de la contienda política y halagarlos con ascensos, mayor presupuesto y reconocimientos públicos. De la Barra fue particularmente exitoso en ello. Sin embargo, la relación con Madero fue mucho más difícil: no logró ganarse el apoyo mayoritario del ejército y antes bien, después de esos meses, las heridas no sólo no se habían cerrado, sino que se habían hecho más profundas. Aunque había logrado eliminar de la escena política la opción militarista restauradora del reyismo, no había logrado desactivar los resentimientos y aspiraciones del ejército, ni sus simpatías por el régimen de Díaz. La ruptura

³⁴ *El Imparcial*, 27 de octubre de 1911.

³⁵ *El País*, 4 de noviembre de 1911.

³⁶ Al final de ese periodo, el ejército había disminuido en 6 mil hombres.

ra con Reyes alejó toda posibilidad de establecer un acuerdo de fondo, institucional, entre el maderismo y el ejército. Los militares seguían jugando un papel central, máxime cuando la mano dura aparecía como una opción para un sector importante de la sociedad con el fin de acabar con el desorden y la inestabilidad. Esa relación conflictiva con el ejército sería uno de los principales problemas que heredaría el gobierno constitucional de Madero y que le costaría la vida. Ese resultado confirmaría la incompatibilidad entre el proyecto maderista y la institución castrense, que se quedó atada al viejo régimen.

El Partido Católico

La revolución había provocado la irrupción de energías y propuestas políticas que no habían podido expresarse durante el porfiriato. Uno de los principales proyectos políticos nacionales que se constituyó como respuesta al maderismo insurreccional fue el Partido Católico Nacional. La participación política abierta de los católicos mexicanos había sido prohibida como consecuencia de la derrota de los conservadores a manos de los liberales en las guerras civiles de la Reforma. Sin embargo, tanto la jerarquía eclesiástica como las elites laicas católicas no se habían resignado a ello y habían continuado exigiendo su derecho a participar en la política como una opción católica abierta, sin tener éxito. Durante el porfiriato, empero, el régimen de Díaz estableció un pacto no escrito con la jerarquía católica que permitió que varias de las disposiciones más jacobinas de las leyes de Reforma, como la prohibición al clero para tener propiedades e impartir educación religiosa en las escuelas, no se cumplieran. De manera soterrada, el clero mantuvo su gran influencia social y estuvo de acuerdo con una política de conciliación que beneficiaba tanto al régimen como a la iglesia.³⁷

Aunque en los primeros años del siglo XX hubo algunos tímidos intentos para organizar un partido católico nacional, el temor de la jerarquía a romper el *modus vivendi* con Díaz y la negativa de éste a permitir la formación de un partido con carácter confesional hicieron que esos planes no pasaran de buenas intenciones. Sin embargo, con la irrupción de la revuelta maderista y el desmoronamiento acelerado del régimen porfiriano, en abril de 1911 la jerarquía eclesiástica vio con temor que la inevitable y próxima caída de Díaz significara el final de una larga época de privilegios y de buenas relaciones con el

³⁷ Ceballos, 1991, p. 75-169.

Estado y que los bienes y la riqueza de las elites católicas laicas siguieran siendo botín de las múltiples bandas rebeldes que habían proliferado en el territorio nacional. De esa manera, en los primeros días de mayo de 1911, el arzobispo de México, José Mora y del Río, convocó urgentemente a la formación del Partido Católico Nacional. Para ello, se apoyó en el Círculo Católico Nacional, organización laica que aglutinaba a prominentes hombres de negocios, a comerciantes y hacendados, y a los Operarios Guadalupanos, una agrupación de laicos católicos que incluía a sectores acomodados, medios y populares que habían tenido una activa participación para llevar a cabo un mayor compromiso de los católicos con los problemas sociales. Así pues, el llamado del arzobispo para fundar el partido católico se apoyó en un trabajo previo, en un esfuerzo de muchos años desarrollado por los activistas católicos laicos que habían hecho suyo el llamado papal de la encíclica *Rerum Novarum* y que habían establecido una amplia red de círculos católicos laborales y agrarios, apoyados por los obispos y sacerdotes más comprometidos con la acción social y que tenían como centro organizativo las parroquias.³⁸

De esa manera, el 11 de mayo de 1911 salió a la luz el manifiesto que anunciaba la formación del Partido Católico Nacional, así como su programa político. En ellos y en la propaganda que pronto comenzaron a circular, los promotores del partido no dejaron lugar a dudas acerca de su propósito central: restablecer el orden y la autoridad amenazados por la rebelión, así como defender la libertad religiosa y recuperar sus prerrogativas conculcadas por las Leyes de Reforma, como la manifestación pública del culto, el derecho de la Iglesia a poseer bienes raíces, la educación religiosa en las escuelas y que los católicos tuvieran derechos políticos plenos, igual que los demás ciudadanos. Junto con esas reivindicaciones católicas, los promotores del partido le imprimieron a su programa y manifiestos el sello del compromiso social de la Iglesia para mejorar la condición de los trabajadores y de los campesinos que había caracterizado a los prelados y laicos involucrados con la “cuestión social”. De igual modo, proponían la reforma de las leyes por los medios institucionales, el fortalecimiento democrático y republicano y la inamovilidad de los jueces para garantizar su independencia respecto del poder ejecutivo. Su lema “Dios, Patria y Libertad” era una clara muestra de que consideraban que había llegado la hora para que los católicos volvieran a la escena política sin tener qué esconder su condición de creyentes. Todo lo contrario, su identidad política estaba precisamente en su carácter católico y en la

³⁸ O’Dogherty, 2000, p. 77-81.

forma en que entendían que el pensamiento católico podía influir en mejorar la situación del país.³⁹

Los promotores del partido católico, alentados por una parte importante de la jerarquía eclesiástica, pusieron manos a la obra para organizar clubes políticos católicos en todo el territorio nacional. Y aunque fue una preocupación de sus líderes insistir en el carácter laico de la nueva organización, desde el principio quedó muy clara no solamente su estrecha relación sino su dependencia con la jerarquía eclesiástica. Así, los clubes que se crearon se asentaron en las regiones en donde había tenido mayor impacto el trabajo de los católicos sociales en los años previos, sobre todo en el centro y centro occidente del país. Las regiones donde proliferaron los círculos católicos fueron aquellas en donde los obispos y sacerdotes se comprometieron a impulsarlos, a través de abiertos llamados desde el púlpito. El arzobispo primado de México se convirtió en su principal artífice, secundado por los arzobispos de Guadalajara, Puebla y Linares, así como los obispos de Zacatecas, Zamora, Chiapas, León y Tulancingo. Por el contrario, el nuevo partido no floreció en los lugares en los que los prelados no lo apoyaron, bien fuera porque eran contrarios a la participación política de la iglesia o porque pensaran que era mejor no enemistarse con el gobierno.⁴⁰

El partido católico se asentó sobre la base de las redes parroquiales que los clérigos y laicos católicos habían construido en los años finales del porfiriato y tuvo un rápido crecimiento. Sus fundadores informaron que tenían más de 70 mil afiliados en agosto de 1911.⁴¹ Aunque pretendía ser una organización nacional, el núcleo de su fuerza estaba en la región central del país. Confiados en su rápido crecimiento y alentados por la situación política nacional y por la urgencia de los prelados de influir en la coyuntura para fortalecer la posición de la Iglesia, los católicos decidieron reaparecer en la escena de las elecciones federales y locales. Así, convocaron a una convención nacional que se reunió en la ciudad de México en agosto de 1911. En ella la discusión se centró en elegir a sus candidatos para la presidencia y la vicepresidencia de la República. El clero y los militantes católicos laicos no tenían una postura política homogénea. Algunos habían apo-

³⁹ Ceballos, *op. cit.*, p. 403-404; Adame Goddard, 1981, p. 242; O'Dogherty, *op. cit.*, p. 81-92.

⁴⁰ El arzobispo de Puebla publicó en septiembre de 1911 un folleto titulado *Edicto sobre los deberes de los católicos en las próximas elecciones políticas* en el que señalaba que los creyentes podrían "elegir, con toda tranquilidad de conciencia, [la candidatura] que recomienda algún Club o Partido que por su amor a la Religión y a la patria, merece la confianza de las personas sensatas". Véase O'Dogherty, *op. cit.*, p. 98-106.

⁴¹ *Ibidem*, p. 106-114; Ceballos, *op. cit.*, p. 401-402.

yado abiertamente al régimen porfirista, otros al reyismo y unos más habían simpatizado discretamente con el maderismo. En la convención se manifestaron esas tendencias y aparecieron diferencias que se profundizarían en los meses siguientes. Para la mayoría de los delegados el candidato que mejor representaba sus intereses de orden, respeto a la propiedad y fortalecimiento de las instituciones —desde una perspectiva conservadora— era el presidente interino Francisco León de la Barra. Sin embargo, aunque los católicos insistieron para que aceptara la nominación, León de la Barra mantuvo su palabra empeñada de no contender en las elecciones.⁴² En la reunión había también simpatizantes de Madero que hicieron alianza con los pragmáticos que consideraban que era conveniente una alianza con el líder de la revolución para garantizar mejor sus derechos y aspiraciones. Quienes apoyaron a Madero ganaron apretadamente en la votación, su nominación por encima de León de la Barra y una minoría que había votado por Reyes. Así pues, el partido decidió votar por Madero para la presidencia y por De la Barra para la vicepresidencia, en contra del candidato oficial del maderismo, Pino Suárez.⁴³

El partido católico organizó su campaña electoral con diferentes actos políticos que tuvieron el apoyo de los obispos, quienes hicieron llamados a los fieles para que asistieran a ellos y votaran por los candidatos que impulsaba la organización. En las localidades donde el partido gozaba también de la simpatía de las autoridades, éstas hicie-

⁴² En su correspondencia con Limantour, De la Barra le escribió el 7 de agosto de 1911: "Creo que a principios de octubre podrán ser hechas las elecciones primarias, recobrada por completo la paz. Los bonos de Madero han bajado mucho, aunque conserva aún bastante popularidad en las clases bajas. La candidatura del Gral. Reyes ha sido recibida con entusiasmo. Yo me he rehusado a aceptar mi candidatura para la presidencia, por lo que espero estar en Europa a principios de diciembre." DB a Limantour, *AJYL*, rollo 65. Sin embargo, para algunos observadores ligados al maderismo, como Luis Cabrera y José Vasconcelos, la actitud del presidente interino era ambigua y evidenciaba un acuerdo tácito con sus seguidores para que promovieran su candidatura, aunque pronto se dio cuenta de que no tenía posibilidades de ganarle a Madero y subrayó nuevamente que permanecería al margen de la contienda electoral; véase Portilla, 1983, p. 248-252.

⁴³ Ceballos, *op. cit.*, p. 412-416. Madero había hecho pública una postura tolerante y no jacobina ante la iglesia católica, lo que había despertado esperanzas y simpatías entre los católicos de que no habría un viraje, respecto de la política de Díaz, contra ellos. La candidatura de León de la Barra no fue apoyada solamente por los católicos. Hubo también apoyos hacia él de organizaciones políticas nuevas, como el Partido Evolucionista encabezado por el conocido porfirista Jorge Vera Estaño, así como de diversos clubes políticos de provincia, algunos de ellos abiertamente maderistas que apoyaban tanto a Madero como al presidente interino, mientras que otros sólo apoyaban a este último. Véase A. Galindo (club José María Morelos) a DB, Sayula, 4 de septiembre; Benjamín Hernández (club obrero antirreeleccionista) a DB, San Luis Potosí, 11 de septiembre; Magdaleno Villarreal (club Libertad) a DB, La Barca, 20 de septiembre de 1911, *ALDB*, 8:V5:30, 8:V5:68, 8:V5:124.

ron proselitismo a favor de sus propuestas. En otros lugares, en cambio, sufrieron el acoso y los obstáculos que les impusieron autoridades adictas a Madero. Algunos de sus dirigentes locales fueron arrestados y en la capital del país la prensa maderista y grupos de militantes vinculados con Gustavo A. Madero los hostigaron a menudo.⁴⁴ La fuerza regional del partido católico se mostró no solamente en las elecciones federales de ese año —en las que, gracias a la simpatía y apoyos que tenía León de la Barra, alcanzó el segundo lugar en los comicios para vicepresidente—, sino sobre todo en las elecciones locales que tuvieron lugar un año después, en donde conquistaron las gubernaturas de Querétaro, Jalisco, Estado de México y Zacatecas, así como 26 escaños en la Cámara de Diputados.⁴⁵

Las elecciones federales

Una vez avanzada la pacificación en la mayor parte del país, los nuevos y viejos actores políticos se aprestaron a la otra gran tarea del interinato, los comicios federales para elegir a los titulares del poder ejecutivo. El proceso electoral debía realizarse conforme lo establecía la legislación vigente, que señalaba que tenía que ser una votación indirecta en primer grado, en escrutinio secreto. Los ciudadanos votaban en una primera ronda por un elector por cada 500 ciudadanos. Los electores, a su vez, votaban en una segunda etapa por los candidatos que postulaban los partidos políticos para los diferentes cargos de elección.⁴⁶

La oposición política había impugnado fuertemente ese procedimiento indirecto de elección por su carácter antidemocrático. Desde 1909 el Partido Democrático había denunciado que los electores eran los verdaderos depositarios de la voluntad popular y que no tenían ninguna responsabilidad con quienes los habían elegido, por lo que el resultado de los comicios estaba enteramente en sus manos. En su propuesta de programa, habían planteado la necesidad de reformar la ley electoral y adoptar la figura de voto directo, aunque restringido a los ciudadanos que supieran leer y escribir, fueran cabezas de familia y propietarios de bienes.⁴⁷ Con la revolución, este debate continuó.

⁴⁴ Francisco Villalón a DB, Morelia, 23 de agosto, DB a gobernador de Veracruz, 5 de octubre de 1911, *AGM*, 6:V3:71, 21:6:465. *Diario del Hogar*, 13 de octubre de 1911.

⁴⁵ O'Dogherty, *op. cit.*, p. 183-197.

⁴⁶ Tena Ramírez, 1998, p. 697-717.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 524-528. Según el censo de 1910 los electores, que correspondían al tamaño y distribución de la población, eran 27 mil.

No obstante, las pugnas políticas entre las distintas fuerzas, las diferencias en el gobierno interino y en el seno del maderismo y la composición de la Cámara de Diputados federal, dominada por quienes habían llegado a ella en el régimen porfiriano, impidieron que se pudiera reformar la ley electoral. Además, la premura del presidente interino y de Madero para acelerar los comicios y dar paso a los nuevos poderes constitucionales hicieron que, no obstante las críticas a la legislación, el proceso electoral tuviera que apegarse a los procedimientos que aquélla establecía.

Madero, a pesar del desgaste político y de las dificultades por la que estaban atravesando sus fuerzas, era la principal figura política nacional. Además, eliminados de la contienda sus principales adversarios, Bernardo Reyes, Francisco Vázquez Gómez y León de la Barra, no tuvo rival para ganar la elección sin problemas. La verdadera batalla fue por la vicepresidencia, en la que contendieron tres fuertes candidatos: Pino Suárez por el partido maderista, León de la Barra por el católico y Vázquez Gómez por el antirreeleccionista. El primero de octubre de 1911 se efectuaron las elecciones primarias. Desde días antes, y en esa fecha, el partido maderista demostró su fuerza: era la única estructura política con cobertura nacional y fue el único partido que acreditó representantes en todas las casillas y tuvo, por tanto, control sobre el proceso electoral. Aunque la mayoría de los funcionarios de partido de las organizaciones contendientes no tenían experiencia previa, los partidos opositores a Madero sólo tuvieron fuerza para estar presentes y vigilar la jornada electoral en las principales ciudades y en las regiones donde tenían mayor influencia. Así, Madero obtuvo una mayoría aplastante, logrando el 99% de los votos emitidos. En cambio, la votación por la vicepresidencia estuvo muy reñida. Pino Suárez, a pesar del apoyo de la maquinaria maderista, alcanzó solamente el 53% de los sufragios. De la Barra quedó en segundo lugar con 29% y en tercero, con 17%, el doctor Vázquez Gómez. El voto por la vicepresidencia tuvo una marcada variación regional. Pino Suárez ganó poco más de la mitad de los votos en los estados norteros, así como en el Distrito Federal, en Puebla y en Chiapas. León de la Barra dominó ampliamente los estados del centro-occidente, el Estado de México y tuvo una alta votación en las principales ciudades. Vázquez Gómez sólo ganó en Oaxaca. El peso del mundo rural, en donde estaban presentes todavía muchos de los controles tradicionales, definió el resultado de la votación y fue uno de los bastiones del triunfo de Pino Suárez.⁴⁸

⁴⁸ Henderson, *op. cit.*, p. 140-141, O'Dogherty, *op. cit.*, p. 146-148. Alberto García Granados a DB, 18 de octubre de 1911, Resultados de la votación para vicepresidente de la República en AGM, 4:G5:75:180 y 22:1:39.

El primer proceso electoral de la era postDíaz pasó su prueba de fuego. En términos generales las elecciones fueron limpias y aunque hubo irregularidades y acusaciones de fraude, esas anomalías fueron aisladas y no alteraron el resultado de la votación. Las protestas que presentaron ante la Cámara de Diputados algunos distritos electorales de Coahuila, el Distrito Federal, Jalisco, Sonora, Veracruz y Tampico fueron evaluadas y declaradas improcedentes. Sólo se anuló el resultado en 7 distritos de Tula, Michoacán, Sinaloa, Sonora, Quintana Roo y Michoacán, por lo que el 2 de noviembre de 1911 fueron declaradas válidas las elecciones federales con las cuales Madero era reconocido presidente constitucionalmente electo.⁴⁹

Madero hizo valer la popularidad y el prestigio que conservaba. Su nuevo partido, con la legitimidad que le daba la revolución, ratificó su predominio en el escenario político nacional. Una de las principales tareas que tenía el gobierno interino fue cumplida con éxito y León de la Barra pudo hacer válida su oferta de garantizar elecciones limpias y creíbles, y, a pesar de todo, tanto en los comicios federales como en los estatales, quedó claro que la nueva cultura política basada en el paradigma político de las democracias occidentales era un proceso que distaba mucho de echar raíces y consolidarse. La inercia de las formas, prácticas y vicios políticos y electorales siguieron estando presentes, aunque de manera marginal. La falta de experiencia política democrática, la debilidad de las instituciones y la persistencia de poderes de caciques y caudillos y de relaciones clientelares con los nuevos héroes de la revolución, hicieron que volvieran a aparecer prácticas de control y manipulación del voto no muy diferentes a las que habían prevalecido durante el porfiriato.

Hubo avances en el respeto a la legalidad, en la participación ciudadana y en las expectativas de que el voto sí iba a respetarse. Las autoridades federales y los líderes maderistas cumplieron su compromiso de imparcialidad para efectuar comicios libres, dentro de la tensión que les generaba el ser ellos mismos actores centrales del proceso y su obvia intención de ganar. Sin embargo, no fueron elecciones equitativas. El maderismo, en los hechos, era el partido oficial de la primera etapa revolucionaria, investido de una enorme legitimidad y con la ventaja de ser el poder real más fuerte en el país en esos momentos y contar con el apoyo y la complicidad de una parte del aparato estatal. Madero y los candidatos maderistas tenían una ventaja fundamental sobre sus opositores, la de ser, en los hechos, parte del partido

⁴⁹ *Diario de los Debates de la XXV Legislatura*, sesiones del 24 de octubre y 2 de noviembre de 1911.

en el poder y de contar con los recursos legales o ilegales del gobierno. Las elecciones de 1911 dieron el triunfo al maderismo, que supo capitalizar así la ventaja de competir electoralmente desde el poder real y con la enorme legitimidad de ser el representante de una revolución popular triunfante.

